

Título: Itinerarios conceptuales del pensamiento feminista en torno del Trabajo Reproductivo: los aportes del Feminismo Materialista

Autora: Victoria Pasero Brozovich

Correo electrónico: victoriagitadorica@gmail.com

Pertenencia Institucional: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

Mesa N°23: ¿Tiene sexo la sociología? Intersecciones entre Sociología, Feminismos y Política

Introducción

El estudio sobre el trabajo doméstico ha ocupado históricamente un lugar periférico en las teorizaciones de las Ciencias Sociales. Podemos decir que su invisibilización a nivel de la estructura social ha tenido su correlato en el mundo científico. Han sido las feministas quienes a partir de la férrea crítica al antropocentrismo presente en la Ciencia y en la búsqueda de palabras que permitan nombrar las experiencias vitales de las mujeres, han hecho fundamentales aportes dentro de las Ciencias Sociales.

En el caso de las sociólogas feministas encontramos un contundente itinerario. La italiana Laura Balbo, en la línea propuesta por Agnes Heller, retoma la vida cotidiana como espacio de análisis y da cuenta de la perspectiva subjetiva de las mujeres en el tiempo empleado para las tareas domésticas; las sociólogas anglosajonas logran institucionalizar el término *care* para referirse a todo este cúmulo de tareas realizadas por mujeres. En los setenta en Francia se desarrolla el Feminismo Materialista o “feminismo materialista francófono” (FMF), corriente teórica crítica y radical con sociólogas como Christine Delphy, Colette Guillaumin, Nicole-Claude Mathieu, entre otras.

En esta ponencia intentamos acercarnos a la propuesta político-teórica del Feminismo Materialista en torno al trabajo reproductivo, algunos de los instrumentos analíticos que se proponen, y los aportes que esta perspectiva presenta para la disciplina en su conjunto, en la búsqueda de reflexionar sobre las articulaciones entre las tradiciones sociológicas y feministas.

1. Feminismo Materialista: una pieza difícil de encajar

Esta corriente surge en los años 70 de la conjugación de sus diversas participantes por un lado en el movimiento de liberación de las mujeres en Francia; y por otro, a partir de una compleja, profunda y constante reflexión, discusión y producción teórica (en particular, desde la revista *Questions Féministes* –primera revista feminista en lengua francesa, fundada junto a otras feministas como Simone de Beauvoir-, pero también desde la participación de algunas de ellas en centros de investigación y producción académicas como el *Centre National de la Recherche Scientifique*).

Es una corriente no muy conocida en nuestras latitudes, que resulta difícil de clasificar, ya bien dentro de los feminismos como en las ciencias sociales. De un lado, se las suele vincular con la tendencia “radical” dentro del feminismo, debido a su férrea crítica al heterosexismo y su activismo dentro del movimiento feminista. Del otro, resulta innegable el análisis marxista del que parten muchas de sus autoras (así sea para criticarlo), motivo que las acerca a las vertientes feministas de izquierdas (socialistas, comunistas, marxistas). Encontramos lo dificultoso de situar esta corriente dentro del escenario feminista:

...aunque hagan parte de la rama “radical” del movimiento feminista, están bastante más al tanto de los análisis marxistas que muchas de las “feministas radicales” norteamericanas, por ejemplo, y se apoyan mucho en el método del materialismo histórico y dialéctico. Pero también tienen muy claro que el marxismo solo es una de las tantas formas históricas, superable, de este materialismo, y son muy críticas frente al marxismo en sí y a las organizaciones políticas que lo reivindican. Esto las diferencia de muchas “feministas socialistas” o “comunistas”, ya sean norteamericanas, británicas, latinas o caribeñas, de las que son cercanas por su materialismo y lejanas por sus prácticas militantes y su utopía —por ejemplo, en su análisis de la sexualidad como algo político y fundamental en la opresión de las mujeres, y no una mera preferencia. Esta doble cercanía y doble distancia hacia las “feministas radicales” y hacia las “feministas socialistas”, es lo que hace su particularidad en el complejo paisaje del feminismo en el mundo (Curiel, Ochy y Falquet, Jules, 2005:9)

El carácter disruptivo y la denuncia acerca del compromiso de los hombres con la opresión de las mujeres (incluso los varones de izquierda, marxistas y demás progresistas), de algunas mujeres (incluso dentro del propio movimiento feminista) y de la ciencia y sus intelectuales; no consiste en un ataque destructivo y vacío de contenido, sino de un esmerado ejercicio de visibilización de los lugares de dominio y poder, en pos de una apuesta colectiva que transforme la situación de las mujeres como clase.

Esta actitud crítica ha contribuido a que no cuente con la popularidad ni receptividad suficiente, tanto dentro del mundo académico como entre intelectuales de izquierda y/o feministas. Sumado a esto, hayamos las pocas traducciones con que cuentan las prolíferas elaboraciones de sus principales referentas. *El patriarcado al desnudo*, titula de esta manera “Brecha Lésbica” (editorial independiente autogestiva) la compilación de la obra de tres pensadoras materialistas traducidas por primera vez al español, en un esfuerzo por contrarrestar la poca visibilidad que tiene esta corriente y mostrar sus valiosas contribuciones en la difícil tarea de desnudar al patriarcado y sus formas de proceder, sus herramientas y cómplices¹.

Más allá de la diversidad de pensamientos y producciones de sus referentas, podemos tomar como eje vertebral de esta corriente la concepción de la situación de las mujeres como una relación social de clase (en términos materialistas, esta relación es histórica, contradictoria y constitutiva). Esta concepción implica una mirada desbiologizante respecto a la diferencia entre varones y mujeres, y pone el énfasis de esta relación en la forma en que se organiza el trabajo en la sociedad (tanto productivo como reproductivo; local como internacional).

Remarcamos la importancia de esta corriente en romper con las miradas esencialistas y biologicistas respecto de la situación de la mujer (mirada que inclusive se reproduce desde muchos feminismos, y más aún la encontramos en diversos análisis del trabajo reproductivo, en particular en la línea de los “cuidados”, lo que por ejemplo, Amaia Pérez Orozco (2014) ha llamado como “ética reaccionaria del cuidado”). Cuando las feministas materialistas se refieren a mujeres como clase, se refieren a mujeres en términos sociales, no biológicos. Es decir, personas

¹ A su vez, como señalan las compiladoras, otro de los factores que ha contribuido a que permanezcan borradas del escenario feminista internacional, se debe al rol de la academia norteamericana en popularizar de modo romántico lo que dio a conocer como “*french feminism*”, con figuras como Julia Kristeva, Luce Irigaray y Helen Cixous. Señalan Curiel y Falquet (2005:6), “la “santa trinidad” Irigaray, Cixous y Kristeva —acompañada por de los autores varones de la “French Theory” (Barthes, Deleuze, Foucault, Lacan) y de manera general la vertiente dominante del psicoanálisis— se han vuelto, para muchas norteamericanas, y por consiguiente, para muchas feministas en el mundo, la mera esencia del feminismo francés e incluso del feminismo en general. Esto, mientras que Barthes, Deleuze, Foucault y Lacan son profundamente misóginos y no se han interesado en lo más mínimo por el movimiento feminista, y mientras que Irigaray, Cixous y Kristeva tampoco se reconocen en dicho movimiento...en el plano práctico, ninguna de las tres frecuenta el movimiento feminista, con el que mantienen profundas diferencias”.

leídas socialmente como mujeres y todo lo que ello implica en sus vidas. Esta postura radical es anterior a las teorizaciones *queer* respecto a ello, y aquí podemos ver, una vez más, el peso de la academia norteamericana y las relaciones de poder en la circulación del conocimiento científico. Por otra parte, si la biología no es destino, si los lugares ocupados en la estructura social no son naturales; entonces es posible transformar la situación de injusticia. Describe Delphy:

La situación de las mujeres es un motivo de rebelión. Esto es una obviedad, pero esta obviedad da pie a un corolario mucho menos aceptado. Una no se rebela contra lo que es natural y por tanto inevitable, o inevitable y por tanto natural. Desde el momento en que existe una rebelión, al mismo tiempo y necesariamente existe la noción de un proceso resistible. Lo que es resistible no es inevitable; lo que no es inevitable podría ser distinto; es arbitrario, social por tanto. La implicación lógica y necesaria de la rebelión de las mujeres, como toda rebelión, es que es posible cambiar su situación; de lo contrario, ¿para qué rebelarse? Creer en la posibilidad del cambio implica creer en el origen social de la situación (1982:29).

Por todo lo mencionado, consideramos importante traer algunos de los aportes de esta corriente, sin la intención de agotar todas sus contribuciones y debates abiertos, sino a modo de diálogo hoy con su pensamiento y la importancia que reviste para un feminismo crítico y descolonial, y en particular, para la sociología.

Ante la diversidad de sus autoras², en la presente ponencia nos concentraremos en los aportes de una de ellas en particular: el caso de la socióloga Christine Delphy. Para la exposición nos guiaremos por dos de sus publicaciones: *Por un feminismo materialista, el enemigo principal y otros textos* (obra emblemática de la autora, editada en 1982 en castellano, pero que reúne textos escritos entre 1970 y 1981) y *Pour une théorie générale de l'exploitation* (Parte I y Parte II, publicados en la Revista *Mouvements* en los años 2003 y 2004 respectivamente).

2. El trabajo doméstico: una mirada materialista y feminista

El trabajo doméstico, como mencionábamos, ha ocupado un lugar periférico en las teorizaciones de las ciencias sociales: la invisibilización a nivel de la estructura social se corresponde en el campo académico-científico. Como señala Christine Delphy, es el movimiento feminista en los 70 quien plantea “por primera vez en la historia el tema del trabajo doméstico como un *problema*

² Entre otras, podemos nombrar a Monique Wittig, Paola Tabet, Nicole-Claude Mathieu, Colette Guillaumin, Daniele Kergoat.

teórico” (1982:37, cursiva de la autora) y contribuye así a denunciar la invisibilidad del trabajo realizado por las mujeres.

En el caso de nuestro país, por ejemplo, el 4 de agosto de 1972 aparece *Las mujeres dicen basta*, primera publicación feminista en Sudamérica que reúne tres textos en que se indaga sobre el lugar del trabajo doméstico, a la vez que el camino de la liberación de las mujeres. Allí aparecen compilados: “La Mujer y los Cambios Sociales. La Mujer como producto de la historia”, escrito por Mirta Henault, feminista argentina vinculada al trotskismo; “El trabajo de la mujer nunca se termina”, de la canadiense Peggy Morton; y “La Mujer”, de la argentina-cubana Isabel Larguía (Belluci, Mabel; 2015).

Así, al calor de las intensas luchas sociales de la época y con una creciente práctica de producción y difusión teórica, el tema del trabajo doméstico/ reproductivo emerge como un asunto de importancia teórica y política abordado desde profundos y complejos análisis feministas, no sólo para poder explicar la situación específica de las mujeres, sino ante todo para transformar la sociedad en su conjunto.

2.1 Modo de producción doméstico

En esta línea, Christine Delphy intenta dilucidar el contenido que se atribuye al trabajo doméstico: el carácter difuso que reviste esta noción, no se debe a debates irresueltos, sino más bien a un acuerdo tácito que lo define como todas aquellas tareas que las mujeres realizan en el interior del hogar. Es decir, se trata de una definición empírica del objeto que no posibilita indagar acerca de sus aspectos económicos y estructurales.

Ante ello, uno de los aportes fundamentales que realiza es el concepto de modo de producción doméstico (MPD), como instrumento analítico que permita dimensionar la magnitud de la apropiación del trabajo femenino a la vez que analizar las relaciones entre capitalismo y patriarcado (Sánchez Muñoz, Elena et al., 2005).

Lo que se trata es de estudiar aquello que el materialismo histórico y sus representantes han dejado de lado: las relaciones de producción específicas en que entran las mujeres en tanto clase. La situación común a las mujeres, es decir su situación de clase, se define por una misma relación de producción o una misma forma ganarse la vida. “La relación de producción es la relación con la propia subsistencia” define en términos sencillos Delphy (1982:3).

La forma en que se resuelve la subsistencia diaria es la que define la relación de producción en la que se está inserto/a. Esto significa que si el trabajo asalariado es la forma de subsistir, el modo de producción es el capitalista; si para subsistir se prestan servicios o se paga en especies, predomina un modo feudalista; si se trabaja bajo coacción física directa, esclavista.

Entonces, respecto a la situación de clase de las mujeres, nos preguntamos ¿cómo se ganan la vida?, ¿qué es aquello común que las define como clase? El matrimonio, en tanto contrato particular que configura determinados lugares sociales como la *esposa*, define en gran medida su posición de clase. También, añade Delphy, se puede incluir dentro de esta clase a ciertos hombres biológicos (niños, adolescentes, ancianos).

El abordaje que predomina respecto a la posición social de las mujeres es que las “esposas” poseen la clase social de su marido, su opresión interesa, para ciertas lecturas de izquierda, en tanto que presenta consecuencias para el proletariado. Desde la base del texto de Engels (*El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*) en adelante, resultaba una consecuencia lógica que una vez que la mujer ingresara a la esfera del trabajo productivo, la igualdad frente a su compañero estaría en gran medida resuelta. Y en cierto modo, la cuestión de la división sexual del trabajo también se daría por salvada (u omitida en tanto problemática principal).

Contra estos planteos, Delphy sostiene que “El capitalismo no explota simultáneamente a la mujer por el hecho de comprar y explotar la fuerza de trabajo del marido... La mujer está explotada por *su* relación de producción, no por la de su marido” (1982:8). Puede coincidir en el nivel de vida y de consumo con su marido, pero lo que interesa a un análisis materialista es el ámbito de la producción.

Hay una experiencia de la que ninguna mujer en tanto clase puede escapar: el trabajo doméstico. Así tenga mucama, niñera, y toda un arsenal de personas empleadas a su servicio, ninguna mujer puede saltar esta experiencia. Por su parte, “a medida que aumenta el consumo, también es mayor el trabajo doméstico a realizar” (1982:7). Esto mismo señalaba, en otra línea de análisis, Angela Davis, al mencionar la constitución histórica de la figura del ama de casa (blanca y burguesa por excelencia) y el modo en que se establecen, diferenciadamente según cada clase social, rígidos parámetros de limpieza.

Sin embargo somos conscientes que las *mujeres esposas*, en tanto clase, no son un bloque homogéneo sin diferencias entre sí. Advierte Delphy: “Yo sería la última en negar que existen diferencias entre las mujeres: diferencias de cultura, diferencias en su posición propia dentro del sistema capitalista y diferencias en su nivel de vida”. Pero “...las diferencias entre ellas son consecuencia de su suerte común. La base misma de esas diferencias es una comunidad de destino que es el matrimonio y el matrimonio es precisamente el que distribuye a las mujeres entre hombres distintos y por tanto en medios sociales distintos” (1982:6-7).

Avanza en este sentido Delphy al señalar que “Todas las mujeres casadas, cualquiera que sea el tipo de trabajo que hagan, el tipo de actividades que tengan, cualquiera que sea la clase social de su marido, tienen la misma relación de producción, la misma relación con la producción de su propia existencia, que es la de *mantenidas*” (1982:9-10).

¿Qué implica ser *mantenidas*? Por un lado, tiene un fuerte impacto a nivel de la constitución de la subjetividad de las mujeres, que nos remite a la búsqueda desesperada del *cuarto propio* que planteaba Virginia Woolf para escapar a la eterna minoridad. Pero más allá en el análisis, la relación de producción específica en que están insertas las mujeres implica un nivel de sujeción muy particular con su “patrón”: “mientras el asalariado depende del mercado (de un número teóricamente ilimitado de patronos), la mujer casada depende de un individuo. Mientras el asalariado vende su fuerza de trabajo, la mujer casada la regala; exclusividad y gratuidad están íntimamente ligadas”. (1982:23)

Es evidente que en el contexto actual las tasas de divorcio aumentan, el matrimonio deja de ser algo tan común y de poseer la carga social que antaño tenía; y que por su parte la familia decimonónica ha sufrido transformaciones, como señala Valeria Esquivel, “hoy ya no tenemos hogares nucleares biparentales como la norma; tenemos un sinnúmero de configuraciones familiares que no necesariamente tienen un trabajador remunerado varón y a una mujer ama de casa” (Pikara Magazine, junio 2013).

A pesar de todo ello, el matrimonio continúa vigente como contrato que garantiza la propiedad de los varones sobre las mujeres y sus descendencias. Y hay que tener en cuenta que, junto al matrimonio como institución (que a lo largo de la historia vemos cómo las mujeres han desplegado creativas estrategias para esquivarlo como destino), existen de modo complementario,

penetrante y omnipresente la “heterosexualidad obligatoria”³ y el “amor romántico” (de ello no se salvan ni las feministas).

Hablamos de modelos hegemónicos de afectividad, que determinan la manera en que somos afectados y afectadas por los/as otros/as; en que sentimos; nos enamoramos, emocionamos y amamos; en qué sentimos placer y configuramos nuestros deseos; cómo nos vinculamos con nosotras mismas y con el resto. Estos modelos afectivos hegemónicos guardan profunda relación con el modo en que se organiza el trabajo en las sociedades, la forma en que se valoran y se retribuyen.

2.2 Conceptos en cuestión

Delphy profundiza el análisis con la noción de productividad que se esconde detrás de las contabilidades nacionales, para intentar desentrañar allí el valor concedido al trabajo doméstico. Con sus observaciones señala el carácter arbitrario de lo que contabilizan los estados ya que se consideran sólo algunas de las transformaciones necesarias para que determinados productos sean aptos para su consumo. Se pregunta la autora acerca de las transformaciones que continúan sin ser consideradas por las contabilidades nacionales y casi sin sorpresas encontramos que son las que corresponden a operaciones incluidas en el término “trabajo doméstico”.

La hipótesis que formula respecto a estas omisiones,

...es que el motivo de que no se considere productivo y no se contabilice el trabajo doméstico es que éste se realiza gratuitamente – en el marco de la familia-, que no está remunerado y en general tampoco se intercambia. Y ello no es consecuencia de la naturaleza de los servicios que lo integran –puesto que todos estos servicios pueden encontrarse en el mercado- ni de la naturaleza de las personas que los prestan (puesto que la misma mujer que cocina gratuitamente una chuleta en su casa recibe una remuneración por ello en cuanto lo hace en otra casa), sino de la naturaleza particular del contrato que vincula a la trabajadora –la esposa-, a la familia, a su «jefe» (1982:45).

3 Adrienne Rich (1980) entiende la “heterosexualidad obligatoria” como una institución política, social y económica que impone la forma de relación heterosexual como única admisible, lo cual implica apartarse de la idea de la “sexualidad” como una “libre elección, decisión”, sino como parte del sistema capitalista-heteropatriarcal. Desde otra mirada, la del feminismo materialista, Monique Wittig (1980) habla de “pensamiento heterosexual”, con diferencias respecto al planteo de Rich, pero en la misma línea de comprender la heterosexualidad como un régimen político que asegura la reproducción de una estructura de dominación de las mujeres.

La mirada que proporciona el Feminismo Materialista sitúa la subordinación de las mujeres en la sociedad como una relación de clase, es decir, existe una apropiación colectiva e individual del trabajo realizado por las mujeres como clase (tanto el considerado “productivo” como el “reproductivo”) (Curiel, Ochy y Falquet, Jules, 2005). De esta manera Delphy plantea que,

...ya no se puede definir el trabajo doméstico como esto o aquello o ni siquiera como el conjunto de las tareas que lo componen, sino que debe definirse como una determinada relación de trabajo, una determinada relación de producción; concretamente como todo trabajo efectuado para otras personas en el marco de la casa o de la familia y que no está pagado (1982:47).

Esta definición del trabajo doméstico, es decir, aquel propio de las mujeres en tanto clase, tiene profundas implicancias en las perspectivas políticas. La realidad material común a las mujeres no da lugar a pensarla como una contradicción secundaria a resolverse luego de triunfar una revolución socialista, tampoco se trata de una opresión que se legitima sola y exclusivamente en el ámbito de lo social y lo cultural: pone luz sobre la relación de producción en que están inmersas las mujeres en tanto clase y la complejidad que reviste la lucha por su liberación.

Para Delphy la propuesta de que el Estado remunere todo trabajo doméstico se debe a un error en la concepción misma de este trabajo como tarea, para ella “sólo merece la denominación de trabajo gratuito aquel trabajo que no está pagado ni tampoco remunerado, en la medida que se realiza para otra persona” (1982:46). Por el contrario, todo trabajo que la persona se brinde a sí misma, está remunerado ya de por sí, aunque no pagado. El problema es cuando el trabajo se realiza sistemáticamente para otras personas: allí es cuando merece la denominación de trabajo gratuito, ya que no procura ningún beneficio para la persona que lo realiza. Y cuando nos referimos a beneficio, no es en su consideración exclusiva en términos económicos (que sería el caso que fuera “pagado” o “remunerado” en el sentido de implicar un ahorro en otros gastos), sino también en términos del bienestar para esa persona (porque le retribuyen en estima, valoración, estatus).

Esta sutil diferencia que plantea Delphy permite pensar tanto en términos personales como políticos, el problema del trabajo doméstico, las profundas implicancias que tiene en cuanto a la construcción de autonomía y goce de las personas, a la vez que problematiza el entramado de relaciones que perpetúa una organización del trabajo en que se sostiene una situación de

desigualdad mediada por una relación sexo-afectiva y en muchas cosas, institucionalizada a través del matrimonio.

Esta concepción pone en cuestión incluso muchos indicadores claves de los “datos sociológicos”. Por ejemplo, pensemos en el concepto de “personas dependientes”, utilizado en varias estadísticas (sobre todo para medir la “tasa de inactividad” de una población). ¿Quiénes son definidas como personas dependientes? ¿Sólo la edad es una variable a considerar? ¿Acaso alguien que no puede hacerse la comida solo, o la cama, o plancharse una camisa, no lo es más aún?

3. De explotaciones y explotados/as: más allá del marxismo

Hasta aquí, en un breve repaso por la obra clásica de Delphy, hallamos algunas pistas para entender las características del trabajo que realizan las mujeres (exclusividad, gratuidad); la relación en la que están insertas y la particularidad del vínculo con su opresor (la familia, el patrón-esposo).

Ahora bien, entre sus elaboraciones teóricas-políticas más recientes, encontramos la búsqueda de una nueva teoría de la explotación, más general y amplia, que permita dar cuenta de las opresiones vividas no sólo en el marco de la relación salarial, sino también en función del sexo y raza/etnia. Se trata de una apuesta teórica y política: nombrar las situaciones de explotación (es), formular posibles explicaciones y trazar estrategias de acción.

Estas preocupaciones guardan íntima relación con sus desarrollos anteriores respecto al trabajo doméstico, ya que lo que trata es de visibilizar la explotación sufrida por otros sujetos además del proletario; visibilizar la apropiación de otras formas de trabajo además del trabajo asalariado en el marco de una relación de producción capitalista. Busca dar el lugar teórico que corresponde a un problema político de tal envergadura como es la opresión sufrida por las personas sexualizadas y/o racializadas.

En este sentido, en *Pour une théorie générale de l'exploitation* se propone en primer lugar dar cuenta de la insuficiencia de la teoría de la explotación marxista para contemplar otras opresiones (*En finir avec la théorie de la plus-value*, 2003); y en segundo lugar, esbozar una nueva teoría de la explotación que permita analizar la coexistencia de todas las formas de explotación y, desde

sus intereses como feminista se interesa en particular lograr una mejor comprensión acerca del lugar del sexismo (*Deuxieme partie: repartir du bon pied*, 2004)⁴.

3.1 Plusvalía o no plusvalía, ¿esa es la cuestión?

La primera parte, publicada en el año 2003 y que titula “Para terminar con la teoría del plusvalor”, se propone desmenuzar la teoría de la explotación marxista y mostrar los límites que presenta, más aún ante la emergencia de los llamados “nuevos movimientos sociales”. Delphy expone cómo de la tríada clase - sexo - raza/etnia; la clase, al contar con un capital histórico e intelectual enorme, deviene la categoría de análisis sociológico hegemónica. Sin embargo, no sólo se trata de un desequilibrio sociológico entre pares conceptuales, sino que impacta en los intentos de articulación en el escenario político.

La opresión de clase (explotación capitalista) cobra una dimensión particular e incomparable a otras opresiones, y de esta manera impide una reflexión teórico-política integral respecto a las opresiones vividas, los sistemas de explotación implicados y las estrategias de resistencia y liberación.

La raíz de esa particularización de la opresión de clase reside, según Delphy, en la utilización de una teoría particular de la explotación: la teoría del plusvalor. Esta predominancia teórica de la forma capitalista en la definición misma de la explotación hace que se identifiquen instantáneamente diversas categorías tales como economía, explotación, capitalismo y clase. En este desarrollo teórico,

...la economía es tomada en el sentido de los clásicos: se trata de la economía de mercado. La explotación es económica, y en tanto la economía es el mercado, la explotación no puede sino pasar por el mercado. Los mecanismos de esa explotación son aquellos del capitalismo...Las clases de la sociedad contemporánea son exclusivamente los explotados y los explotadores del modo de producción capitalista (2003:70).

De esta manera, se limita el análisis de lo social. Se restringe la existencia de explotación allí donde se llevan a cabo relaciones salariales, allí donde existe un mercado con determinadas características. El sexismo y el racismo “no serían sistemas propios y completos de opresión, sino

⁴ A continuación, todas las citas incluidas en este apartado son traducciones propias de estas dos publicaciones de Delphy, solo disponibles en francés.

mas bien estrategias que en suma se limitarían en sus efectos al mercado de trabajo, incluso si para producir esos efectos, el capitalismo debe producir también ideologías desvalorizantes” (2003:71, traducción propia). Algunos sujetos estarían en posiciones más desventajadas que otros al estar en condiciones de existencia perjudicadas por estas ideologías (sexismo, racismo).

En este tipo de pensamiento lógico, se abandona la explicación de la explotación, por la simple constatación de que la explotación existe. Las hipótesis que se hacen sobre la forma en que se produce la explotación se consideran como si fueran la explotación misma, “se toma la explicación por el fenómeno” sentencia Delphy (2003:75-76). Recuerda que la teoría de la explotación junto a los conceptos desarrollados para explicarla (fuerza de trabajo, valor del trabajo, plusvalía), tienen el valor de metáforas que permiten aproximaciones respecto al “misterio del trabajo-que-produce-más-de-lo que-cuesta” (2003:75).

Así, con esta teoría Marx se proponía,

...en primer lugar demostrar que el capital no puede producir beneficios, y para ello demostrar que el dinero no puede producir dinero. Es llevado así a elaborar la teoría según la cual todo valor proviene del trabajo. Luego intenta encontrar cuál es el mecanismo por el que un obrero, que es efectivamente pagado por sus horas de trabajo, puede sin embargo producir el dinero para su patrón. La forma en que resuelve este enigma es producir otra teoría: aquella de la fuerza de trabajo. Según esta teoría, el patrón no paga como uno piensa, el trabajo del obrero, sino la fuerza de trabajo de aquél. La teoría de la fuerza de trabajo está vinculada a la del valor de la fuerza de trabajo; en efecto, la diferencia entre el trabajo y la fuerza de trabajo, es que la segunda tiene un valor menor que el trabajo. ¿Pero cómo, y por qué? (Delphy, 2003:72).

Es el trabajo abstracto el que determina el valor de la fuerza de trabajo y el valor del trabajo. En síntesis, la teoría de la explotación formulada por el marxismo parte de la teoría del plusvalor: apropiación de la plusvalía equivale a explotación. ¿Cómo se lleva a cabo este mecanismo? Allí formula Marx que “todo valor proviene del trabajo”. Ahora bien, ¿cuál es el trabajo apropiado?, ¿cómo se produce la plusvalía? En la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo (pagada a través del salario) y el valor del trabajo, se produce un valor “de más”: la plusvalía apropiada por el patrón.

Delphy encuentra varios inconvenientes. En primer lugar, el valor de la fuerza de trabajo se iguala al salario, que se calcula a partir del precio en el mercado de los bienes y servicios que el

obrero y su “prole” necesitan para sobrevivir. Por un lado, este valor tiene un “elemento moral e histórico” (hábitos de consumo, necesidades culturalmente relativas). Por el otro, el salario se vuelve la única medida objetiva que determina el valor de la fuerza de trabajo. Este valor “está determinado por el salario. No solo es cultural e históricamente variable, sino que no es medible independientemente del salario” (2003:73). Esta suma de dinero, puede definir o medir la ganancia de los capitalistas, pero no precisamente la explotación de los proletarios (y mucho menos, de los sujetos que quedan fuera del marco de relaciones de trabajo salariales).

Concluye,

La teoría economicista marxista iguala la explotación a la plusvalía, y hace de la existencia o no de “plusvalía” el test de la existencia de una explotación. Ello no tiene sentido históricamente, pero permite –esta puede ser su única utilidad- borrar del mapa todas las explotaciones que no pasan en el mercado. Esa expulsión es bastante paradójal, puesto que implica que la apropiación de una parte del trabajo (plustrabajo) de alguien sería peor que la apropiación de todo su trabajo, que el asalariado estaría peor que el esclavo o el siervo. Es por lo tanto correcto aquello que sostienen los marxistas cuando reservan la palabra explotación a la explotación salarial (2003:78).

3.2 “Un clavo no saca al otro”

En la segunda parte, publicada en el 2004, titulada “Repartir en buenos términos”, se propone analizar la coexistencia de todas las formas de explotación. Esta búsqueda la encontramos en varias feministas que lo han nombrado de diversas formas (imbricación; transversalidad; interseccionalidad; “tiene tantas raíces el árbol de la rabia” en los términos poéticos de Audre Lorde), y que han contribuido a darle el peso teórico-político a las distintas violencias sufridas por los distintos sujetos, en el marco del heteropatriarcado capitalista, racista y colonial.

Violencias todas que coexisten, atraviesan los cuerpos, se acumulan en historias de vidas, y condensan en un complejo panorama para el análisis social y político. La densidad histórica presente en nuestros pueblos, en nuestros cuerpos, en nuestros territorios, requiere una ciencia social -sociología en nuestro caso- dotada de teorías, conceptos, indicadores, herramientas político-metodológicas a su alcance.

En el caso del marxismo, como paradigma teórico-político privilegiado dentro de la sociología, ha sucedido que la ambición de su fundador de construir una teoría científica de la explotación ha

sido abandonada por sus seguidores: en lugar de continuar indagando cómo se produce la explotación en el contexto actual, se conforman con constatar que ella se produce. Reclama Delphy,

Hoy en día, el 80% de la población mundial está compuesta de campesinos/as que los estadistas llaman “agricultores”; utilizando ese término técnico, hacen desaparecer el modo de producción. Todas esas personas cultivan la tierra. Pero, ¿en qué condiciones? ¿Por su propia cuenta, o no? ¿Bajo qué formas de propiedad, de contrato, de arriendo, en cuáles condiciones? Y entre los pocos instalados en tierras de su propiedad o en arriendo a la occidental –con débiles locadores y sin dependencia institucional ni política al propietario-, ¿cuántos son los titulares de la explotación, que perciben los ingresos de sus ventas, y cuántos de los miembros de la familia que no están habilitados jurídicamente a vender y no tienen ningún poder tampoco sobre el ingreso que contribuyen a generar? ¿Cuántos son niños/as, hermanas, hermanos? ¿Cuántas son mujeres, es decir, esposas? (2004:98)

La existencia de esclavitud en talleres clandestinos tanto en ámbitos rurales como urbanos, o la trata de mujeres, niñas, niños y adolescente para su prostitución a nivel mundial, ¿pueden señalar que no coexiste todavía un modo esclavista? Por otro lado, ¿qué tiene la sociología para decir acerca de ese 80% de población campesina a nivel mundial?

Todas estas sugerentes preguntas que plantea Delphy son fundamentales para comprender las estructuras sociales que atraviesan la vida de los sujetos. El hecho de que existan aún hoy para ciertos investigadores en las ciencias sociales, espacios no explorados, temáticas ignoradas que ni siquiera pueden ser pensadas y formuladas como problemas teóricos relevantes (el tema del trabajo doméstico y su lugar en el sistema como un todo, es uno de estos temas), lleva a interrogarse acerca de las trabas teóricas detrás de estos esquemas de pensamientos.

Estas preguntas no sólo sin responder, peor aún, sin ser siquiera formuladas refieren, en el caso del marxismo, a la persistencia de un sesgo positivista que se arrastra en la actualidad en ciertos investigadores y militantes, y que sostiene dos dogmas: “la absorción ineludible, conforme al desarrollo de la historia, de todos los modos de producción por la forma capitalista; y la explicación de la explotación capitalista por la teoría del plusvalor”. Contra ello, la autora argumenta: “la plusvalía existe no como modo general o único, pero si como modo particular, específico, de apropiación de trabajo gratuito” (2004:99).

En conclusión, la plusvalía no es más que una *modalidad* de explotación y es preciso abandonar los términos positivistas-evolucionistas de analizar el entramado social, para intentar aprehender como atraviesan las desigualdades, en términos históricos, políticos y subjetivos. Agrega enfática Delphy, “es necesario terminar de hablar de ciertas explotaciones en términos de “sobrevivencias”, de pretender que ellas “persisten” o “subsisten”: interpretar que ellas no deberían estar allí, que ellas pronto van a desaparecer. Porque pensar así, es pensar en términos de normalidad y anormalidad – términos que no deberían tener curso en un proyecto de estudio de la sociedad” (2004:106).

No se trata entonces de legitimar explotados patentados versus categorías de sujetos inciertas, perdidos entre formaciones sociales y modos de producción concebidos como anacrónicos, sino de comprender que “en la realidad, casi todos los tipos de explotación coexisten felizmente en casi todas las sociedades, y en casi todos los “estadios” de desarrollo. Y no hay ninguna razón para pensar que jamás ha sido de otra manera. Un clavo no saca al otro” (2004:106).

4. Despatriarcalizar la sociología

La sociología, con sus clásicos erigidos, sus padres fundadores, sus teorías y metodologías privilegiadas, necesita sin duda despatriarcalizarse. Y ello en varios sentidos. Procurar reflexiones más profundas acerca del lugar del sexismo, la división sexual del trabajo, la jerarquización social, la condición de las personas sexualizadas; es un paso importante. Animarse a dialogar y, más todavía, dejar ingresar dentro de su panteón a las teóricas feministas, sería otro gran paso.

Al respecto sugiere Christine Delphy,

Si bien la crítica del sexismo en las disciplinas científicas es importante, sólo lo es en la medida en que los discursos de estas disciplinas son la versión erudita de la ideología patriarcal vulgar. Y ésta es la que nos interesa, la que debe verse afectada por nuestras críticas. Lo que debe importarnos no son los argumentos de nuestros colegas masculinos en sí mismos, sino el hecho de que son un aval “científico” a la ideología dominante; estos discursos deben analizarse porque la mistificación de la Ciencia refuerza la mistificación de la ideología... (1982: 125-126).

Para combatir la ideología patriarcal y comprender mejor el lugar del sexismo, es necesario generar nuevas herramientas de análisis, de comprensión, de explicación. Sin la intención de atacar lugares comunes y desde formas poco contundentes, creemos que la crítica esbozada por Delphy a *cierta forma de entender la teoría marxista* (y no al marxismo en sí, o a la importancia histórica y política que tuvieron en su momento los postulados marxistas y su crítica a la economía clásica), es conveniente para la sociología. La revisión crítica de conceptos como el de plusvalía, la invención de otros como el de “modo de producción doméstico”, habilita explorar vacíos estructurales en nuestra disciplina.

Nos permite preguntarnos, respecto a la división sexual del trabajo, ¿en qué consiste la diferencia entre trabajo productivo y trabajo reproductivo? Productivo es un adjetivo que señala sobre algo “que tiene virtud de producir”. Ahora bien, ¿por qué ninguna estadística nacional considera “productivo” el trabajo doméstico?, ¿Cómo se visibiliza algo que no se nombra –el trabajo invisible-? ¿Cómo se mide algo que no tiene medida objetiva -la explotación de las mujeres-?, ¿cómo analizar, desde el materialismo histórico, algo que no tiene *valor*?, ¿qué “datos” analiza la sociología para dar cuenta de la situación de las mujeres y su trabajo realizado?

La forma de entender cómo se genera valor en la sociedad capitalista, de acuerdo a la teoría marxista, encontramos limitada para encontrar explicaciones sobre el trabajo realizado por las mujeres, justamente porque en lo sustancial, se reproduce una ideología patriarcal sobre lo que entiende por valor y por tanto, por trabajo. La ecuación marxista “valor=fuerza de trabajo”, permite visibilizar, en términos cuantitativos, la parte “apropiada” (plusvalía), a partir de la diferencia entre el valor producido por el obrero y su salario. El plusvalor presupone una relación de trabajo asalariada: para que existe plusvalor tiene que haber una parte de trabajo no pagada (o un trabajo excedente respecto a lo pagado), finalmente, por tanto, un salario.

Es decir, si al proletario se le paga un salario que se calcula por lo que necesita consumir, y no lo por lo que produce; en el caso del trabajo realizado por las mujeres, ¿se les paga por lo que consumen?, ¿y por aquello que producen?, ¿qué es acaso lo que producen?, ¿quién se apropia de su plustrabajo? Como cuestiona Delphy, “¿puede decirse que un trabajo enteramente no pagado está menos explotado que un trabajo parcialmente pagado, que un esclavo es menos explotado que un obrero?” (2004:102). Y más adelante añade, de manera contundente, “es necesario dejar de definir la explotación como el saldo monetario, como el resultado de una sustracción: “valor

producido menos salario pagado”, y retornar a su definición primera, *la apropiación del trabajo ajeno*” (2004:103, remarcado propios).

El debate en torno al trabajo doméstico, como condición presente en la vida de todas las mujeres nos conduce a una pregunta más amplia, ¿cómo se reproduce de continuo la vida misma? No es un mero acto biológico –parir-. No es una secuencia de actos mecánicos, fríos y monótonos (lavar, fregar, planchar, cocinar). No implica solamente las tareas vinculadas al hogar, sino que refiere también a la agricultura de subsistencia, acceso a la tierra, cuidado de los bienes comunes, recuperación de espacios comunes, entre otras dimensiones.

¿Por qué este trabajo fundamental para la existencia de la vida misma, ha sido históricamente sexualizado y con ello, invisibilizado?, ¿cómo determina las condiciones materiales de las mujeres que su trabajo sea apropiado sistemáticamente?, ¿cuál es el funcionamiento de la *economía política del género*? En momentos de ataque del capital a todas las formas de reproducción de la vida, resulta fundamental complejizar el análisis de las relaciones sociales de sexo para entender en toda su complejidad el lugar del trabajo realizado por las mujeres.

El esfuerzo del Feminismo Materialista en intentar otras explicaciones respecto a la explotación sufrida por otros sujetos además del proletario; en visibilizar la apropiación de otras formas de trabajo además del trabajo asalariado –indispensable en un contexto en que el salario no es ni mucho menos una condición universal-; son fundamentales en esta intención despatriarcalizadora de la sociología, en una lucha más amplia para acabar con la mistificación de la ideología patriarcal en nuestra disciplina.

Bibliografía

- BELTRÁN, Elena; SÁNCHEZ MUÑOZ, Cristina, et al. (2001). *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.
- BELLUCI, Mabel (2015, junio 22) “De cómo unas mujeres hicieron un día un libro”. En *Revista Furias*. Disponible en: <http://revistafurias.com/de-como-unas-mujeres-hicieron-un-dia-un-libro/>
- CURIEL, Ochy y FALQUET, Jules (comp.) (2005). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Collete Guillaumin, Paola Tabet y Nicole Claude Mathieu*. 1ª edición. Buenos Aires: Brecha Lésbica.
- DAVIS, Angela (2005 [1981]). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal.
- DELPHY, Christine (1982 1981). *Por un feminismo materialista, el enemigo principal y otros textos*. Barcelona: LaSal, edicions de les dones.
- DELPHY, Christine (2003). “Pour une théorie générale de l’exploitation. En finir avec la théorie de la plus-value”. En *Mouvements*, n°26, p. 69-78.
- DEPLHY, Christine. (2004) “Pour une théorie générale de l’exploitation. Deuxieme partie: repartir du bon pied”. En *Mouvements*, n°31, p.97-106.
- ESQUIVEL, Valeria (2013, 4 junio). “Remunerar a las amas de casa fosiliza la distribución actual del trabajo”. En *Pikara Magazine*. Recuperado el 4/4/15 de: <http://www.pikaramagazine.com/2013/06/%E2%80%9Cremunerar-a-las-amas-de-casa-fosiliza-la-distribucion-actual-del-trabajo%E2%80%9D/>
- PEREZ OROZCO, Amaia y LAFUENTE, Sara (2014) “Economía y (trans) feminismo. Retazos de un encuentro”. En *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos* (2014). SOLÁ, Miriam y URKO, Elena (eds). España: Txalaparta
- RICH, Adrienne (1980). “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana”. En Rich, Adrienne (2001). *Sangre, pan y poesía* (p.41). Barcelona: Icaria.

WITTIG, Monique (1980). “El pensamiento heterosexual” En Wittig, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (p. 45). Traducción de Javier Sáez y Paco Vidarte. Madrid: Egales.